

Secretos imperceptibles

Por: Nilda Hermann

Es el título que, parafraseando el de la novela de Guillermo Martínez, *Crímenes imperceptibles*, resume a mi gusto lo que nos enseña el escritor y matemático invitado sobre el tema trabajado este año “Lo que hace familia: entre el semblante y el secreto de goce”-en nuestro seminario del Departamento de estudios psicoanalíticos sobre la Familia – *Enlaces*.

Los crímenes de la calle Morgue, el relato con el que Edgar Allan Poe inaugura en 1841 el género policial, comienza con una extensa explicación acerca de los mecanismos analíticos, en la que se destaca el peso que tiene el estudio matemático para la resolución de delitos. Esta premisa del texto fundador se retoma en *Crímenes imperceptibles*, cuya acción transcurre en Inglaterra en 1993: la lógica matemática se convierte en herramienta fundamental para resolver el enigma que plantean una serie de asesinatos. Mónica Torres nos introducía al problema de que “hay un suspenso fenomenológico de todo lo que la ciencia pretende saber sobre la cosa” y haciendo la historia del concepto de semblante, que tiene una relación compleja con la representación, se pregunta “El semblante, ¿cuánto muestra y cuánto no muestra de la cosa?” Y afirma: “En este mundo, hay cosas que hablan; que nos hablan a través de nuestro cuerpo. Si el sujeto puede tener un camino a la representación, es porque su cuerpo está ahí desde el comienzo”.

En la novela *Crímenes imperceptibles*, también está allí el cuerpo desde el comienzo, por ejemplo el de la Sra. Eagleton aún con vida, que será convenientemente asesinada para abrir la trama en la que la categoría de “lo imperceptible” se irá construyendo pacientemente como el sujeto del suspenso, que no es “El criminal” ni “El crimen” con mayúsculas, no se trata de eso, se trata más bien -(p. 41)-según lo dicho por uno de los personajes, Seldom, de construir “Crímenes que nadie vea como crímenes.” Y nos conduce a poder afirmar con él “Creo que ahora lo empiezo a ver: crímenes imperceptibles.” En la página 236 de la novela, cuando la fórmula ya ha sido suficientemente frecuentada, Seldom propone que si se habla de crímenes imperceptibles, “...crímenes que nadie viera como crímenes, no se necesita siquiera que sea un crimen...”. Así G. Martínez -como nos enseñara Lacan- si bien “...irrealiza el crimen, no deshumaniza al criminal.”¹ Se trata en la novela de las vías por las cuales una joven llega a disponer de un padre, o un padre logra el órgano que permitirá vivir a su hija. O un joven logra vengar el asesinato de su amada denunciando al asesino, como en el friso *El rey Nissam, guerrero infinito*². G. Martínez escribe: “Es el nombre con el que se le presentó el friso al rey Nissam y todavía el nombre con el que llegó al Museo Británico tres mil años después. Pero hay otra historia que guarda la piedra para el que tiene la paciencia

¹ Lacan, J., “Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología” (1950) en *Escritos*, Siglo veintiuno editores, Bs. As., 1985, p. 121.

² Martínez, G. *Crímenes imperceptibles*, Booket, Bs. As., 2005, p. 230 a 233.

de ver (...) Hassiri [el escultor más importante entre los asirios a quien se le encargó una obra para celebrar el cumpleaños del rey] tenía un hijo, Nemrod, a quien había enseñado su arte y trabajaba junto con él. Nemrod estaba prometido a una muchacha muy joven, Agartis. El mismo día en que el padre y el hijo alistaban la piedra para empezar los trabajos, el rey Nissam, durante una excursión de caza, encontró a la muchacha junto al río. Quiso tomarla por la fuerza, Agartis no lo reconoció, trató de escapar (...). El rey le dio alcance fácilmente y le cortó la cabeza con su espada después de violarla (...) volvió al palacio (...) padre e hijo pudieron ver la cabeza de la muchacha colgada de la grapa con el resto de las piezas de caza. Nemrod en un ataque de desesperación, grabó sobre la piedra la figura del rey que segaba la cabeza de una mujer arrodillada. Hassiri encontró a su hijo enloquecido, martillando en la piedra la imagen que sería su condena a muerte. Lo apartó de la pared, lo hizo retornar a su casa y quedó a solas con su dilema. Hubiera sido fácil para él borrar de la piedra esa imagen. Pero era un artista antiguo y creía que cada obra lleva una verdad misteriosa amparada por una mano divina, una verdad que no corresponde a los hombres destruir. (...) Pidió que se lo dejara trabajar en secreto, oculto bajo el lienzo, porque la obra que preparaba, dijo, sólo la mirada del rey debía inaugurar. (...) Nissam, y después de él generaciones (...) sólo vieron lo que el artista quería que se viera: una sucesión abrumadora de imágenes de las que el ojo pronto se despega porque cree advertir la repetición, cree capturar la regla, cree que cada parte representa al todo. Ese es el señuelo en la multiplicación de la figura con la espada. Pero hay una parte mínima, una parte escondida que contradice y aniquila el resto, una parte que es en sí misma otro todo". El joven protagonista de *Crímenes imperceptibles* nos dice "Al mirar por segunda vez uno advertía que las posiciones sucesivas podían ser vistas como una progresión temporal y que al final del friso eran mucho más numerosas las figuras caídas, como si el guerrero hubiera vencido por sí solo a todo el ejército."

Propongo leer esta novela al menos dos veces, allí, en la ironía que supone el enigma resuelto, es posible captar la contingencia por la cual, como afirmó Mónica Torres en este seminario "Un semblante es finalmente un semblante de nada, para decirlo en su extremo. Se trata de una categoría que trasciende toda relación posible entre lo representado y la representación. Este imposible de representar, sin embargo, se reproduce y hace familia." Podemos decir que con este imposible de representar Guillermo Martínez hace literatura, construye su narrativa y nos entrega esta fórmula ya imprescindible en nuestra práctica: *lo imperceptible*.

Buenos Aires, 1 de noviembre de 2010.